

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

MEDIDA POR MEDIDA:

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

Gabinete en casa de Ángelo.

ESCENA I

ÁNGELO

(Levantándose del reclinatorio.) Cuando trato de recogerme y orar, pensamientos y oraciones se me extravían de objeto en objeto; el cielo no obtiene de mí sinó palabras vacías, mientras que mi imaginacion, distraída de las frases que pronuncia mi

lengua, se ocupa exclusivamente de Isabel. Dios está en mis labios que maquinalmente le invocan, pero en mi corazón se dilata y reina la pasión culpable. (1) Tedio me causan los negocios públicos que eran objeto de mi solicitud, como el libro que á fuerza de releído, aunque sea excelente, se vuelve insoportable; y la gravedad que constituía mi orgullo (no llegue esto á oídas de testigo) la trocaría ganancioso con la ligera pluma, vano juguete del aire caprichoso. Ó dignidad, ó pompa exterior! vuestra envoltura deslumbra á los necios y hasta impone con falsas apariencias á los sabios; pero al cabo la carne que revestís es carne y nada más. ¿Quién? (*Entra un criado.*)

CRI. Una religiosa llamada Isabel solicita hablaros.

ÁNG. Voy á salir... no, que entre. (2) (*Sale el criado.*)
 Ó cielo! ¿porqué toda mi sangre se retira al corazón, reduciéndole á la impotencia, á la vez que paraliza el ejercicio de mis demás facultades? Así hace la estúpida multitud, que estrechando su círculo intercepta el aire vital á un hombre desmayado, ó se precipita en tropel al encuentro de un príncipe querido para abrumarle con sus descompasados obsequios.

(1) Comparado con el anterior este soliloquio, que no es menos admirable, se vé próxima á sucumbir la virtud, antes horrorizada del vicio, y ahora solo débilmente sostenida por respetos humanos. De salvar las apariencias á desecharlas con desden no vá mas que un paso.

(2) No sé si habré acertado á expresar con este brusco cambio de propósito la índole de los pensamientos de Ángelo y de la plática que vá á entablar, para la cual no le parece bastante secreto el mas oculto retrete.

ESCENA II

ÁNGELO, ISABEL

ÁNG. ¿Qué hay, buena jóven?

ISA. Vengo á saber vuestras intenciones.

ÁNG. Preferiría que las penetraseis á oiros preguntármelas: vuestro hermano no puede vivir.

ISA. Si es así... guarde el cielo á V. E. (*En actitud de retirarse.*)

ÁNG. Sin embargo pudiera vivir algun tiempo todavía, tanto tiempo como vos y como yo; y no obstante es preciso que muera.

ISA. Por fallo vuestro?

ÁNG. Sí.

ISA. Decidme cuando, á fin de que durante el plazo, cualquiera sea, que le resta de vida, pueda prepararse á morir con fortaleza.

ÁNG. Ah! anatema á esos vicios obscenos!... Tanto valiera perdonar al que ha privado á la sociedad de un hombre ya formado, como guardar consideracion á esos voluptuosos insolentes que acuñan en tipos prohibidos la imágen del Criador. No es mayor delito destruir una vida legitimamente creada, que crear por medios vedados una vida ilegítima. (1)

(1) ¿Cabe mayor originalidad de frase y de parangon? Esa vehemente execracion del delito en general parece el postrer esfuerzo para sacudir la tentacion de cometerlo. ¿Qué precisa y discreta réplica la de Isabel! y sin embargo dá márgen al hábil seductor á plantear su propuesta.

- ISA. Así está escrito en el cielo, pero no en la tierra.
- ÁNG. ¿Lo creéis? En este caso voy desde el momento á proponeros una cuestion: ¿qué preferierais? ver morir á vuestro hermano en cumplimiento de la mas justa de las leyes, ó rescatar su vida mediante el abandono de vuestra persona á impúdicos deleites, como la muger deshonrada por vuestro hermano?
- ISA. Podeis creerlo, señor: antes sacrificaría mi corazon que mi alma.
- ÁNG. No se trata aquí de vuestra alma; nuestros pecados involuntarios sirven mas para hacer número que para sernos cargados en cuenta.
- ISA. ¿Cómo decís?
- ÁNG. No es que yo lo afirme, porque pudiera refutar lo mismo que enuncio. Responded solo á esta pregunta: yo, órgano de la ley hoy por hoy, he pronunciado contra vuestro hermano sentencia de muerte; ¿no podría acaso haber caridad en pecar para salvar la vida de ese hermano?
- ISA. Ah! tened á bien cometer ese pecado, y yo cargo con el riesgo sobre mi alma: no será pecado, sinó acto de caridad.
- ÁNG. Si lo cometieseis vos á cuenta y riesgo de vuestra alma, la caridad equilibraría el pecado.
- ISA. Si lo hay de mi parte en pedir os su vida, ó cielo! caiga sobre mí la pena de él; si de vuestra parte lo hay en otorgarme mi demanda, cada día en mi oracion de la mañana lo agregaré á mis propias culpas para descargo de vuestra conciencia. (1)

(1) Sencilla y luminosa moral ante las capciosidades del sofisma!

- ÁNG. Atended bien: vuestro pensamiento no sigue el hilo del mío, sea por ignorancia natural, sea, lo que seguramente no os estaría bien, por ignorancia afectada.
- ISA. Soy ignorante de seguro, y no hay en mí prenda alguna; reconozco humildemente mi insuficiencia.
- ÁNG. Nunca aparece con mas brillo la sabiduría que cuando á sí misma se niega: diez veces mas arrebatadora es la belleza que debajo de una máscara negra adivinan los ojos, que el mas lindo semblante contemplado sin velo. Pero, seguidme bien: para hacerme comprender voy á hablar mas claramente. Vuestro hermano debe morir.
- ISA. Es verdad.
- ÁNG. Y su crimen ante la ley es acreedor á esta pena.
- ISA. Así parece.
- ÁNG. Suponed que no teneis otro medio de salvar su vida que este, (no es que apruebe yo ese medio ni cualquier otro, hablo solamente bajo un supuesto,) suponed que vos su hermana, viendo deseada vuestra posesion por un hombre que á causa de su influencia con el juez ó de su eminente rango pudiese sustraer á vuestro hermano de la presion omnipotente de la ley, suponed, repito, que no os queda ningun medio humano de salvarle y que os hallais en la alternativa, ó de prostituir al consabido individuo los tesoros de vuestra persona, ó de ver morir á vuestro hermano... ¿qué haríais?

Si imágen hay apropiada para representar este debate, es la de una doncella que, sin mas armas que su inocencia, resiste y desconcierta los sinuosos asaltos de maligna serpiente.

ISA. Haría por mi hermano lo que haría por mí misma: ahora bien, si á mí me condenaran á sufrir la pena capital, llevaría la marca de los azotes como un anillo de rubíes en el dedo, y desnudándome de mis vestiduras, me prepararía á reposar en brazos de la muerte, como en un lecho suspirado por largo tiempo, antes que entregar mi persona al deshonor.

ÁNG. Morirá pues vuestro hermano.

ISA. Y será el mejor partido: vale mas que sufra el hermano una muerte pasajera, que si la hermana para redimirle hubiese de morir eternamente. (1)

ÁNG. Y en este caso ¿no seríais tan cruel como la sentencia de que hace un momento os quejabais?

ISA. Mucha distancia vá de un rescate vergonzoso á un perdon gratuito; nada hay de comun entre una legítima merced y un pacto de ignominia.

ÁNG. Pues no ha un instante que al parecer tachabais la ley de tiránica, y tomabais la culpa de vuestro hermano mas por bagatela que por delito.

ISA. Ah! perdonadme, señor; sucede amenudo que para obtener lo que deseamos rebajamos su importancia

(1) Impaciéntase el astuto legista de ver burladas con tan candorosa estrategia sus asechanzas, y avanza un paso mas, siempre receloso de mostrarse al descubierto; pero tropieza entonces con la modesta dignidad de Isabel, tan imponente como si todo lo penetrara, tan ingénua como si de nada se apercibiera. Sería interminable advertir y comentar línea por línea los sutiles repliegues de un lado, las finas delicadezas del otro, que encierra este diálogo tan ardiente en el fondo como razonador en apariencia: solo invito al lector á estudiarlo por sí mismo para convencerse de que en el conocimiento del corazon humano no ha habido escritor dramático que iguale á Shakespeare, ni hay tal vez pasaje en que mejor lo acredite.

diciendo lo que no sentimos. En favor de lo que amo ha parecido que atenuaba lo que detesto.

ÁNG. Todos somos frágiles.

ISA. Sí, y mi hermano no mereciera la muerte sinó en el caso de ser entre todos el único que hubiese pagado tributo á esta comun flaqueza.

ÁNG. Y las mugeres son frágiles tambien.

ISA. Sí, como los espejos en que se miran y que se quiebran con la misma facilidad con que reproducen nuestra imágen. Pobres mugeres! ampárelas el cielo! Los hombres corrompen su índole abusando de su debilidad. Ah! llamadnos diez veces frágiles, porque somos endebles como nuestra constitucion y crédulas en impresiones seductoras.

ÁNG. Créolo sin dificultad, y supongo que nosotros hombres tampoco somos tan fuertes que no puedan quebrantarnos las pasiones. El testimonio que á vuestro sexo acabais de rendir me dá mas osadía; os cogeré por vuestras propias palabras. Sed lo que sois, sed muger; si sois mas, dejais de serlo; si lo sois, como vuestro exterior indica, probadlo desde ahora revistiendo la librea de vuestro sexo.

ISA. Yo no uso mas que un lenguaje: dignaos, os conjuro, mi clemente señor, hablarme en el mismo que al principio empleabais.

ÁNG. Os lo diré sin rodeos... os amo.

ISA. Mi hermano ha amado á Julieta, y por este hecho me decís que morirá.

ÁNG. No morirá, Isabel, si consentís en amarme.

ISA. Sé que para sondearnos vuestra virtud se dá apariencias de vicios que no conoce.

ÁNG. Por mi honor, creedme; mis palabras expresan fielmente mi pensamiento.

ISA. Oh! poco honor ganais en ser creido bajo vuestra palabra. Ó pernicioso designio! hipocresía! hipocresía! Yo te arrancaré la máscara, Ángelo; ténlo por seguro; fírmame inmediatamente la gracia de mi hermano, ó voy en alta voz á manifestar á todos que clase de hombre eres tú. (1)

ÁNG. ¿Y quién ha de creerte, Isabel? mi nombre immaculado, la austeridad de mi vida, mi testimonio contrapuesto al tuyo y la dignidad que ocupo en el estado, prevalecerán sobre tu acusacion hasta tal punto, que será sofocada tu voz y tachada de calumniosa. Está dado el primer paso; desde este momento suelto las riendas á mis apetitos sensuales. Resuélvete á satisfacer mis violentas ansias; deja aparte todo escrúpulo, todo ese falso pudor que afecta repudiar lo que codicia, libra á tu hermano entregándome tu persona; de otra manera, no solo sufrirá la muerte, sinó que tu resistencia añadirá á su suplicio las torturas de una larga agonía. Respóndeme en el acto, ó sinó, lo juro por la pasion que sofoca en mi seno todas las restantes, en mí hallará un tirano: en cuanto á tí dí lo que quieras; mis mentiras prevalecerán sobre tus verdades.

(1) La firme serenidad de la modesta jóven no se desmiente: refrena, elude, finge no creer la infame propuesta, hasta arrancarle todo paliativo; estallan al fin la virtuosa indignacion por una parte, por otra la pasion vuelta feroz con la vergonzosa repulsa; inexperta y débil aquella en el mundo contra el cálculo y prepotencia de su contrincante, no por esto tiene menos seguridad del triunfo ante Dios.

- ISA. No ante el Juez supremo. Dejadme salir.
- ÁNG. Piénsalo siquiera dos minutos. (*Entra en su dormitorio.*)
- ISA. (*Sola.*) ¿Quién ha de creerme? es verdad; ¿á quién presentar mi querella? Ó Dios! y en qué pérfidas bocas colocaste las atribuciones de condenar y absolver! Tú, que todo lo ves, y lo dispones y enderezas todo, infúndeme fortaleza: primero morir que pecar. Es cierto que no se trata de mi vida, sinó de la de mi hermano; pero él es pundonoroso aunque ligero, y en el fondo de sus devaneos conserva tan vivo el honor, que pondría sobre el sangriento tajo veinte cabezas que tuviera, antes que consentir mancilla en el mío. Vive casta, Isabel; y que Claudio muera; en mas que un hermano debe estimarse la castidad. (1)
- ÁNG. (*Saliendo otra vez.*) ¿Decidiste?
- ISA. Dejadme: á seductor os prefiero tirano.
- ÁNG. Dónde y cómo y á qué hora podrás hallarme clemente, este billete te lo dirá (*entregándoselo*), en él va la contraseña. (*Siguiendo los movimientos de Isabel.*) No lo rechaces, no lo rompas sin leerlo; rompes el frágil hilo de la vida de tu hermano. No exijo oír de nuevo tu dulce voz, ver de nuevo

(1) Con este monólogo, que he tenido que modificar algun tanto, termina la escena en el original; pero el giro dado á la accion exige de Isabel mas pronta respuesta, y me parece en ella menos digno que se presente á darla despues de largas horas de reflexion, que el reclamársela Ángelo perentoriamente. El billete y la contraseña son recursos que he adoptado, como se verá, para ahorrar palabras en tan delicado asunto y eximir á la pudorosa jóven de toda participacion y asentimiento.

tu hermoso semblante; vén como quieras envuelta en la oscuridad, que en la oscuridad me encontrarás con el perdón en la mano. (*Acompañándola hasta la puerta.*) El corazón te aconseje.

CUADRO SEGUNDO

Locutorio de la cárcel, que dá entrada á diversas prisiones.

ESCENA III

EL DUQUE *con hábito religioso y calada la capucha,*
el ALCAIDE (1)

DUQ. Salud, alcaide, porque este, si no me engaño, es vuestro título.

ALC. El alcaide soy, ¿qué se os ofrece, buen padre?

DUQ. Movido por la caridad y por la santa vocación de mi orden, vengo á visitar á los afligidos de esta cárcel, y á ejercer según costumbre mi triste ministerio con los que de ella van á salir y no absueltos.

ALC. Nunca os había visto: habreis llegado de algun convento de fuera. ¿Cómo os llamais?

DUQ. Fray Ludovico.

(1) Esta escena, si á alguna del original corresponde, es á la III del acto II que tiene el Duque con Julieta, la amante de Claudio, cuya aparición considero innecesaria y hasta inconveniente. En ella se reúnen aquí simplemente las indicaciones, al disfrazado príncipe indispensables, para desempeñar su misión.

- ALC. Plegue á Dios no hayais de estrenaros hoy con un jóven reo.
- DUQ. ¿De qué delito?
- ALC. De delito de amores.
- DUQ. Si es con soltera, ¿hay mas que casarlos?
- ALC. Es que á la autoridad no basta la reparacion; quiere el castigo.
- DUQ. Rigor es. ¿Y está resignado á morir?
- ALC. Bien que con vivo anhelo y esperanzas de vivir.
- DUQ. ¿Se le ha intimado la sentencia?
- ALC. Pero está suspendida la ejecucion. Mucho se promete, y yo tambien, de la intercesion de su piadosa hermana con el lugarteniente y del resultado de la segunda audiencia que le otorgó para esta mañana. Tarde se me hace el saberlo.
- DUQ. En este caso conviene aplazar para despues mi visita: mal se prepara uno á salir del mundo, mientras restan probabilidades de permanencia. ¿Y no hay aquí algun otro á quien puedan aprovechar mis consuelos?
- ALC. Es gente por lo comun endurecida, sin remordimiento de lo pasado y sin temor del porvenir. Voy á ver si dispongo á alguno.

ESCENA IV

EI DUQUE y luego LUCIO

- DUQ. Me espanta en Ángelo esa energía que casi raya en temeridad; por de pronto tanta precipitacion no

puede ir acorde con la prudencia de un hombre de gobierno. Quiera Dios que no haya de arrepentirme de mi ensayo! (1)

LUC. *(Entrando y mirando al rededor.)* ¿Dónde está Claudio? necesito verle, he de darle una buena noticia.

DUQ. *(Aparte.)* ¿Qué quiere ese aturdido? *(á Lucio.)* ¿Qué buscáis?

LUC. Á un amigo que se me ha extraviado por ese laberinto.

DUQ. Honrados amigos teneis?

LUC. Á ese paso vendrá á hospedarse aquí lo mejor de Plasencia. Rija por espacio de diez años el edicto del duque vicario, y alquilo por tres florines anuales la mas linda casa de la ciudad.

DUQ. Tan mal os parece! Es tan general el vicio que reprime, que solo puede remediarlo una extrema severidad.

LUC. Ciertamente que es un vicio de numerosa clientela y muy bien emparentado; por esto, padre, es imposible estirparlo por completo, á menos que se suprima el comer y el beber. Dicen que ese doctor Ángelo no es engendro natural de hombre y muger, y que no ha sido creado por las vias ordinarias. ¿Lo creéis así?

DUQ. Estais de broma, mocito, y dais al humor rienda suelta.

(1) Insinuo esta natural censura del soberano contra rigores tan ajenos de su carácter, que le dispone á recelar de reformador tan extremado.

LUC. Ese ministro impotente á fuerza de continencia vá á despoblar el estado; ni á los gorriones dejará que fabriquen su nido en los aleros, esterminándolos como raza libertina.

DUQ. Es tan imposible negarle la virtud como el talento: la calumnia resbala sobre su intachable conducta, como sobre su corazon los encantos mugeriles. Ya de jóven era así.

LUC. Siempre hay compasion para las víctimas del libertinage, y nunca para las víctimas de la insensibilidad. Pues no merece poca su pobre desposada por él reducida á angustiosa viudez.

DUQ. Qué desposada? qué cuentos forjais?

LUC. Bien sé lo que digo, la hija de Uberto, de aquel opulento factor cuyos caudales tragó el mar hará seis años. Tomados los dichos, estendido el contrato, nada faltaba para el enlace mas que la bendicion sacerdotal... y lo que á Claudio le ha sobrado con Julieta. Pero al medrado jurisconsulto se le trocó en rémora lo que antes hubieran sido alas para su elevacion; y la muchacha sin fortuna, entretenida con uno y otro pretexto en la realizacion del consorcio, acabó por ser olvidada, y así se está, ni casada ni soltera, viviendo con modestia y aun con estrechez. (1)

(1) Allí cuenta el Duque á Isabel lo que con mas propiedad á mi entender sabe este aquí por boca de Lucio. Del relato se desprende que la conducta de Ángelo con Mariana fué la de un egoista y ambicioso mas bien que de seductor, y de consiguiente que es reo ahora, no tanto de hipócrita perversidad, como de frágil caida en castigo de su orgullo.

Duq. Pero ¿no se hubiera esto traslucido? no habría ella reclamado?...

Luc. Eh! parece que os interesa el cuento. Él prepotente, y ella desvalida, y á mayor abundamiento enamorada del ingrato como el primer día, esplican satisfactoriamente la conservacion del secreto. Ahí vive en una calle solitaria por bajo de San Lúcas, se llama Mariana; no es que yo la trate, pero me consta su honestidad, y cuando sale ilesa de mi crisol, prueba que está aquilatada.

Duq. Á buen seguro que ignora el Duque esas historias de su lugarteniente.

Luc. Ya veis de quien se fía: el Duque tiene la culpa de todo. ¡Á quién se le ocurre salir escapado de sus dominios, y usurpar la profesion de vagamundo para la cual no ha nacido!... ¿Sabeis por donde anda?

Duq. No, pero donde quiera esté pido á Dios que le proteja.

Luc. Unos dicen que está en Roma, otros que ha ido á presentarse al emperador... Ojalá estuviera de regreso.

Duq. Bien sería menester.

Luc. De otra manera habría procedido. El Duque castigaba en secreto las faltas en secreto cometidas: pero no las hacía pregonar á la luz del día. ¡Él meterse con Claudio! antes que ahorcar á un hombre por haber procreado cien hijos, hubiera pagado la leche á mil nodrizas para criar otros tantos. Tenía sentimiento y experiencia de la cosa, conocía el oficio, y esto le hacía indulgente. (1)

(1) Estos y otros chistes, en gracia de la originalidad y del per-

Duq. Jamás he oído decir que el Duque fuese muy dado á las mugeres; no eran estas sus inclinaciones.

Luc. Ay! padre, estais en un error.

Duq. Nó es posible.

Luc. Quién? el Duque? Mas de una mendiga de cincuenta años os daría informes de él: un ducado solía echar á cada una en la hortera. Capaz es aun hoy día de ponerse boca por boca con una cualquiera, aunque huela á ajo y pan moreno. Corría sus aventuras á la sordina; soy yo quien lo digo.

Duq. Le injuriais seguramente.

Luc. Si lo sabré yo que era su camarada! Padre, es un socarron el tal Duque, y aun creo que se me trasluce algo del motivo de su misteriosa ausencia.

Duq. Cual? hacedme favor.

Luc. Perdonad, es un secreto sobre el cual conviene cerrar el pico: solo una cosa os diré, que á los ojos de la muchedumbre el Duque pasa por lo que no es.

Duq. ¿Y por qué pasa? por instruido, por generoso, por hombre de estado?

Luc. Eso mismo.

Duq. Mejor que vuestra lengua, le acreditan sus actos, señor maldiciente.

Luc. Pero, padre, yo le conozco bien, y lo que es mas, le quiero.

Duq. Si le amais, hablad de él con mas caridad, y si le conoceis, con mas discernimiento.

Luc. Vamos, vamos; sé lo que sé.

sonaje que caracterizan, pueden tolerársele al buen Shakespeare; no los graduo de absolutamente suprimibles.

- DUQ. Lo dificulto, puesto que no sabeis lo que decís. Pero si llega á regresar el Duque, como se lo ruego á Dios en mis oraciones, ante él respondereis de lo que acabais de decir; y si la verdad ha hablado por vuestra boca, tendreis sin duda el valor de sostenerla. ¿Vuestro nombre?
- LUC. ¿Es para citarme? Lucio me llamo; soy bien conocido del Duque.
- DUQ. Mejor os conocerá, si el cielo me concede bastante vida para conducirlos á su presencia.
- LUC. No os temo, padrecito.
- DUQ. ¿Es que esperais que el Duque no ha de volver, ó que me considerais harto débil adversario? Efectivamente poco daño podré haceros, pues negareis haber tenido semejante conversacion.
- LUC. Ahórquenme si la niego; mal me juzgais, padre mío. Lo que ahora de vos quisiera es que me proporcionaseis ver al pobre Claudio.
- DUQ. Otra compañía necesita el que tiene el hacha pendiente sobre su cuello. Id con Dios, id con Dios, y... creedme, es temeridad meter la cabeza en la boca del leon.
- LUC. Aguardaré mejor coyuntura, aunque lo que al amigo traía eran tambien consuelos. Encomendadnos á Dios, padre; pero respecto del Duque, os lo repito, no estais en lo cierto. (*Volviendo atrás y en tono de reserva.*) Sabedlo pues: comía carne los viernes, se alumbraba, en fin... decid que soy quien lo he dicho. (1)

(1) Sin ceñirme á una traduccion literal, me lisonjeo de no ha-

ESCENA V

El DUQUE y luego el ALCAIDE

DUQ. Ni virtud ni grandeza se escapan de una lengua viperina; no hay poder capaz de tenerla á freno. Ó soberanos de la tierra! cómo se comentan y desfiguran vuestros actos á merced del mas ignorante y maligno! Pero no se me despinta lo que de Ángelo ha dicho; será tan falso probablemente como lo demás... y sin embargo se encadena con ciertos vagos y remotos indicios... (*Queda pensativo.*)

ALC. (*Entrando.*) Está aquí la hermana del caballero Claudio, y voy á procurarles en esta pieza la entrevista que me pide. (1)

DUQ. ¿Es mensagera de felices nuevas?

ALC. Nada me ha dicho y trae cubierto el rostro con un velo, pero nada bueno auguro del ademan.

DUQ. Qué lástima!... ¿Pudierais concederme, buen alcaide, asistir sin ser visto á su conferencia?

ber desperdiciado nada de la sal *legítima* de esta deliciosa escena, adoptando un criterio ni tan rígido como el de Ángelo ni tan laxo como el de Lucio.

(1) Á ella precede en el original al frente de su tercer acto una larga exhortacion del supuesto fraile á Claudio, mas bien filosófica que espiritual, inculcándole el desprecio de la vida con estóicas máximas y pesimistas observaciones. Este pretencioso discurso, que por inoportuno omito, no es uno de los mas legítimos títulos del autor al concepto que merecidamente goza de gran filósofo cuando menos lo ostenta.

ALC. ¿Cómo quereis...?

DUQ. No es vana curiosidad la que me mueve, estad seguro; algun bien podría resultar... Hacedlo por mi hábito.

ALC. Por vuestro hábito y por vos, reverendo padre. Escondeos detrás de esta puerta (*indicándole una en el fondo,*) y cerradla.

DUQ. Dios os lo recompense! (*El Duque se pone en acecho; el Alcaide introduce á Isabel, y luego por el lado opuesto vuelve con Claudio cargado de esposas, y deja solos á los dos hermanos.*)

ESCENA VI

CLAUDIO, ISABEL

CLAUD. Y bien, hermana mía, ¿qué consuelo me traes?

ISA. Un gran consuelo, aunque no lo parezca. El ministro-duque, teniendo que tratar con el cielo ciertos asuntos, te escoge por embajador suyo y residente perpétuo. Despacha pues tus preparativos, porque mañana es la partida. (1)

CLAUD. (*Con desesperacion.*) ¿Y no ha de haber remedio?

ISA. Ninguno, á no ser parecido al de salvar la cabeza partiendo en dos el corazon.

(1) Observa bien un comentador que no es esto una intempestiva chanza, sinó la amarga ironía de la indignacion. Contrapónense aquí con vigor concentrado los mas generosos arranques del alma con el mas desesperado anhelo de la vida: nada tan desgarrador como las reiteradas preguntas de Claudio, dispuesto á todo con tal de vivir.

CLAUD. Pero en fin ¿hay uno cualquiera?

ISA. Sí, hermano; puedes vivir: hay en tu juez una infernal clemencia, que si la imploras, te dejará la vida, pero encadenándote hasta la muerte.

CLAUD. ¿Detencion perpétua?

ISA. Sí, una detencion perpétua, una cadena que, por mas que seas libre de moverte por el orbe entero, arrastrarás en pos de tí por todas partes.

CLAUD. Pero ¿qué clase de remedio es?

ISA. De tal clase, que dado que lo aceptes te despoja por completo de tu honor y te deja desnudo.

CLAUD. Manifiéstame de que se trata.

ISA. Oh! yo te temo, Claudio, y tiemblo de que prefieras una existencia febril y seis ó siete inviernos mas á una felicidad eterna. ¿Tienes miedo de morir? En este sentimiento de la muerte hay mas aprension que realidad, y un gigante cuando muere no experimenta mayor sufrimiento corporal que el ruin insecto que aplastan nuestros piés.

CLAUD. Me avergüenzas con hablarme de esta suerte. ¿Pien-
sas tú que para sostener mi resolucion sea menester apelar á esos argumentos de fraternal ternura? Si es que debo morir, venga la muerte, y la recibiré y la estrecharé en mis brazos como á desposada.

ISA. Reconozco en este noble lenguaje al hermano de mi alma: la sombra de mi padre ha hablado por tu voz. Sí, debes morir, eres de harto excelsa índole para querer la conservacion de tu vida á costa de una bajeza. Ese ministro cubierto de una máscara de santidad, ese hombre cuyo austero rostro y glacial palabra ahuyentan todo liviano deseo... pues

bien, es un mónstruo: en su alma, si se la vaciase de todas sus impurezas, se hallaría un abismo tan profundo como el infierno.

CLAUD. El imponente doctor Ángelo!

ISA. Ese, ese. Adivina lo que para salvarte me ha propuesto. (1)

CLAUD. Cielos! no es posible.

ISA. Sí, á precio de este crimen execrable te permitiría continuar los tuyos en menor escala: esta noche misma he de hacer lo que no es posible nombrar sin horror, ó sinó mueres mañana.

CLAUD. (*Mirándola fijamente.*) Tú no harás nada. (2)

ISA. Oh! si para salvarte no fuese menester mas que mi vida, la daría de tan buena gana como un alfiler.

CLAUD. Gracias, mi querida Isabel.

ISA. Claudio, disponte á morir mañana.

CLAUD. Sí. Con qué! ¡hay en él pasiones que le obligan á dar un mentís á la ley en el momento mismo en que forma el propósito de aplicarla! Sin duda esto no será pecado, ó de los siete pecados mortales será el menor.

ISA. ¿Cuál es el menor?

CLAUD. Si fuese tan enorme ofensa, ¿quisiera él, que es tan

(1) En el original lo expresa, no deja que se adivine.

(2) Hay en esta sencilla frase una mezcla de tímida pregunta y desolada reconvencion, que solo un eminente actor pudiera hacer sentir. Cohibido Claudio por la superioridad moral de su hermana, no la contradice de pronto, adhiérese maquinalmente á sus altos sentimientos; pero sorpréndele el proceder de Ángelo, atenúa el delito con tan autorizado ejemplo, suplica, insta... ¡Cómo eleva la castidad, y cómo degrada la impureza!

sensato, incurrir por un fugaz placer en las penas de un suplicio eterno? (*suplicante.*) Oh Isabel!

ISA. ¡Qué dice mi hermano!

CLAUD. Es tan espantosa la muerte!

ISA. Y es tan abominable una vida deshonrada! (1)

CLAUD. Sí, pero morir, é ir no se sabe adónde! yacer en una fría tumba y pudrirse allí! perder el cuerpo su calor vital para convertirse en exánime barro! el alma, dichosa y libre en otro tiempo, condenada á flotar en hirvientes olas, ó á residir en regiones de perpétuas nieves! hallarse encadenado á corrientes invisibles y arrastrado con irresistible violencia al rededor de nuestro globo suspendido en el vacío, ó padecer torturas quizá mas atroces que las que nos representa en los condenados la vaga fantasía, arrancándoles ahullidos de dolor!... oh! es demasiado horrible! La existencia terrestre mas penosa é insoportable que á la naturaleza humana puedan imponer la vejez, la enfermedad, la pobreza, la servidumbre, es un paraiso, comparado con lo que del otro lado del sepulcro nos asusta. (2)

ISA. Ay! ay!

CLAUD. Mi buena hermana, permíteme que viva; el crimen que cometas para salvar la vida á un hermano la naturaleza lo absuelve y lo erige en virtud.

(1) Ya estaba escrita esta magnífica contraposición, cuando Corneille, que no llegó probablemente á conocerla, escribía en su *Polieucte* aquella otra que la recuerda:

Vous voulez donc mourir?—Vous aimez donc á vivre?

(2) Rasgos incomparables de fantástica poesía en quien, oscurecida y perturbada por los desórdenes la fé en los dogmas positivos, experimenta vagamente los terrores de la otra vida!

ISA. Ó sér degradado! ó miserable criatura vil y cobarde! ¿quieres vivir pues á costa de mi oprobio? ¿No es una especie de incesto deber la existencia al deshonor de tu propia hermana? ¿Qué he de pensar? me obligarás casi á creer que mi madre al engendrarte faltó á sus deberes para con mi padre, porque es imposible que procedan de su sangre tanta abyeccion y locura. Recibe mi negativa, muere, perece: aunque para librarte de tu destino no tuviera yo que hacer mas que inclinarme al suelo, dejaría que se cumpliese. Para que mueras bien dirigiré al cielo mis oraciones; ni una palabra para que vivas.

CLAUD. Ah! Isabel, por piedad!

ISA. Oh! vergüenza! vergüenza! vergüenza sobre tí! tu crimen no es accidental, está compenetrado con tu alma. Aplicarte la clemencia sería prostituirla. Vale mas que mueras prontamente. (1) (*Se aleja.*)

CLAUD. Oh! escúchame, Isabel.

ESCENA VII

Dichos y el DUQUE

DUQ. (*Abriendo la puerta que le oculta.*) Permitidme una palabra, honesta jóven.

(1) Golpe sobre golpe, á cual mas enérgico, á cual mas contundente! No sabe lo que es amar con el alma quien no comprende que la indignacion que el rebajamiento excita es proporcionada al cariño que se profesa.

- ISA. Ah! nos oíais!... Qué quereis de mí?
- DUQ. Una breve conferencia en beneficio vuestro.
- ISA. Aunque solemnes son los momentos, disponed de los precisos.
- CLAUD. Padre, padre, ¿podeis vos algo por mí?
- DUQ. Sosiégate, desgraciado mancebo, vuelve á tu prison: dentro de un instante estaré contigo. Ah! no creas que Ángelo haya intentado de veras corromper á tu hermana; solamente ha querido poner á prueba su virtud, practicando nuevas experiencias en el corazon humano. (*Á Isabel que hace un movimiento de impaciencia.*) Dispensad, lo sé porque soy el confesor del ministro; él ha sido el primero en aplaudir vuestra heróica negativa, fundada en los verdaderos principios así del honor como de la moral. (1) Algo por mi parte tentaré, pobre Claudio; pero no te abandones demasiado á esperanzas ilusorias. Despídete de la vida y de sus encantos frívolos y engañosos, como si hubieses de perderla mañana, que es lo mas seguro: ¿vale acaso la pena de disputarla con las mortales zozobras que estás pasando?
- CLAUD. Razon teneis, padre, razon teneis: si he de prolongarla así un día mas, que me desembaracen hoy mismo de ella. Perdon, hermana mía!
- ISA. El cielo te ilumine!

(1) Tambien en el original finge el Duque, por no desesperar al preso, vindicar el proceder de su lugarteniente, atribuyendo la tentativa de este á terrible prueba que hace de la virtud de la doncella; pero al quedar á solas con Isabel dá pleno crédito á su testimonio, reconociendo la culpabilidad de Ángelo.

DUQ. Hasta luego: persiste en estas disposiciones.
(Preséntase el Alcaide y váse acompañando á Claudio ácia su prision.)

ESCENA VIII

EL DUQUE, ISABEL

ISA. Aprovechad el tiempo, que si á alguno haceis falta es á mi hermano. Á mí no me importa que penseis lo que queráis de vuestro ilustre penitente.

DUQ. Diez minutos, os suplico.

ISA. ¿Quereis presentarme pruebas de su inocencia, ó me las pedís de su maldad? Aquí está la infame cita y las señas del lugar nefando. *(Arroja al suelo un billete que recoge el Duque.)* Si son puros experimentos, los lleva muy allá. (1)

DUQ. *(Examinando el billete.)* Á pesar de lo desfigurado de la letra reconozco este documento, pero no he necesitado de él para dar desde luego amargo crédito á vuestro testimonio. Si he fingido echar á buena parte el enorme intento, ha sido para no desesperar á vuestro hermano en los momentos en que mas importa creer en Dios y en la virtud, y para libra-

(1) El billete de la cita, de que me valgo para excusar largas y repugnantes explicaciones, es en manos del Duque, á las cuales pasa desde las de Isabel de un modo naturalísimo, un eficaz instrumento para llevar á cabo sus aventurados planes de reparacion, sin participacion alguna, antes con abierta repugnancia de Isabel, que intenta en vano recobrar el documento.

ros al mismo tiempo de sus ruegos insensatos. Veamos ahora como convertir en medicina la ponzoña, y prendiendo al mal en sus propios lazos, hacerle servir con eficacia al advenimiento del bien.

ISA. De raíz tan podrida no sé que sanos frutos os proponéis sacar.

DUQ. La mano omnipotente, que os crió bella, os hizo virtuosa: sin la virtud no es durable la belleza; mas como el pudor constituye el alma de vuestro cuerpo, se la conservará inmarcesible. Sois casta por deber; pero al cumplimiento de él y á su intrínseca recompensa acompañan de rechazo otras no buscadas ni aun previstas. (1) El triunfo por la honestidad obtenido sobre el amor fraternal, ha sido hasta aquí en exclusivo provecho suyo; nada en beneficio de la justicia falseada y cautiva en manos de su mayor enemigo, ni de la clemencia vilmente profanada, ni del cariño que es inmolado por completo. ¿No sería posible procurar equilibrada satisfaccion á estos nobles sentimientos, de suerte que fuesen todos partícipes en la ganancia y no víctimas de vuestro austero heroísmo?

ISA. ¿De qué manera?

DUQ. Está contraseña otra persona la pudiera presentar en el sitio y hora prefijada y ponerse en lugar vuestro á favor del silencio y de la oscuridad, obteniendo así la gracia de Claudio.

(1) Desde este punto hasta el fin de la escena he tenido que separarme tanto del original, que mas parece sustitucion que arreglo. Me remito á las observaciones puestas al fin del acto.

- ISA. Con engaño tal vez mas criminal que la seduccion!
- DUQ. La persona á que me refiero, por este acto culpable y vil en cualquier otra, no incurre en mengua alguna: tiene derecho al tálamo de Ángelo, y la reunion que protege ahora feliz casualidad salvando una vida, la ley habrá de hacerla mas ó menos tarde costando otra vida al tenor del edicto.
- ISA. Pues qué! tiene esposa?
- DUQ. No, sinó desposada, (acabo de saberlo) que le conserva pura la fé y amante el corazon. ¿Cuánto no os deberá la infeliz abandonada si logra de esta suerte atraer á sus brazos al infiel prometido? y cuánto ese mismo perseguidor, en quien trocáis en acto de reparación un conato de iniquidad? Además de la vida del hermano redimís así dos almas, la una de la afliccion y la otra del pecado.
- ISA. Pero á costa de una ofensa á Dios, que no solamente autorizo, sinó que exploto en mi ventaja. Devolvedme el billete, padre.
- DUQ. Nada pido que hagais sinó que me dejéis hacer, si es que estuviere en vuestra mano impedirlo. La responsabilidad es toda mía.
- ISA. Mía empero la reputacion, por la cual me ordena Dios mirar no menos que por mi inocencia. Dar pié deliberadamente al escándalo, aunque sea solo aparente, vale tanto como la caída.
- DUQ. No velareis con mas solicitud por vuestro honor legítimo que el ministro por su falsa honra: ¿quién mas interesado en el secreto antes y despues de conocido el engaño? Creedme, llevar adelante la resistencia á ese benéfico ardid, tendría mas de

orgullo que de pundonor, y el sacrificio, que del hermano haceis dejando ya de ser indispensable, de sublime se convertiría en inhumano.

ISA. Vuestras palabras, respetable sacerdote, me imponen pero no me satisfacen. Ay! apenas fío ya de mí misma, y estoy en guarda contra mi corazón. Nada me resta sinó orar en el retiro y aguardar allí la voluntad de Dios.

DUQ. Dejaos en brazos de la Providencia, á cuyas santas miras obedece hasta el pecado.

ESCENA IX

EL DUQUE (1)

Ahora, por el camino mas corto, al barrio de San Lúcas á persuadir á esa triste Mariana, cuya situación, si es tal como la pintan, merece vivísimo interés. Los informes, aunque de procedencia sospechosa, tienen visos esta vez de exactos, y la comprobacion no me será difícil: carezco de policía en mi actual estado, pero las barbas y el capucho me sirven mejor que toda ella. Algo atina el perillan aquel en suponerme amigo de aventuras: mi sello,

(1) Una parte conservo aquí del monólogo del Duque que vá al fin del acto III del drama inglés, pero cuidó además de poner en sus labios la explicacion del criterio, del plan, de los medios con que procede, la confesion explícita de su carácter un tanto aventurero, y las razones nada flojas que le mueven á llevar por estos dramáticos trámites el asunto, en vez de resolverlo de golpe con su brusca manifestacion.

mi firma, el descubrir quien soy, acabarían de súbito con tan complicado enredo; pero esto sería cortar el ñudo y no desenlazarlo, un golpe de autoridad mas que un procedimiento de justicia. Yo os quiero sorprender en fragante delito, doctor Ángelo, cuando no tengais negativa que oponer ni disculpa que alegar. Engaño por engaño, se os pagarán vuestras pérfidas mercedes en moneda falsa, que respecto de vos es la única legítima. Oh! qué corrupcion entraña el hombre bajo el exterior de ángel! con qué hilos de telaraña sabe la hipocresía atraerse los aplausos y las ventajas del mundo! aunque yo no sé si los que tomamos por cálculos de hipocresía son las mas veces tropiezos de flaqueza. Ay del que no dá el ejemplo de las virtudes que recomienda y de la observancia de las leyes que tiene en guarda!

OBSERVACIONES

AL ACTO SEGUNDO

Con un monólogo concluye en este arreglo el acto anterior, con un monólogo empieza el presente, principio y término de la borrascosa lucha que se supone continuada desde la víspera y durante la noche entera entre la rígida conciencia y la desenfrenada tentación, que lleva ya en el alvedrío de Ángelo la mejor parte. Aquel es el resultado de la primera audiencia, este prepara la segunda cuyo temible desenlace se adivina. Entre las dos escenas solo media en el original, como ya observé, otra muy corta é insignificante que suprimo; y conservando respetuosamente íntegras aquellas á fuer de unas de las mas perfectas y acabadas de Shakespeare, en quien generalmente se eleva y depura el estilo á medida que crece la grandeza del asunto, solo con variar su colocacion, interponiendo la conveniente distancia, me atrevo á decir que ganan no poco en solemnidad y grandioso efecto.

La segunda sobre todo es una de las obras maestras del gran genio: mayor propiedad y concertado juego de caracteres, mayor flexibilidad de diálogo, mas oportunidad de réplicas, mas variedad de tonos, mas honda agitacion é hirviente remolino bajo la tersa superficie de sosegada discusion, inútil es buscarlo en ningun otro autor, ni tal vez en

este mismo. Al fin de ella, para velar con el decoro posible la detestable cita, sin la cual no habría drama, la supongo confiada al escrito, aunque con la precaucion de desfigurar la letra.

En el segundo cuadro presento, no la cárcel misma, sinó una pieza ó locutorio del edificio, donde caben congruamente, así las escenas que el autor sitúa dentro de la prision, como las que tiene que suponer en la contigua calle. Pertenecen todas ellas al acto III del original, bien que no he tenido reparo en invertir el órden con que allí se suceden, si había de mejorar con esto el desenvolvimiento de la accion. En el drama inglés el Duque se muestra desde el principio enterado de los antecedentes de su ministro y de sus antiguas relaciones con Mariana, y sabiéndolos no le hace favor depositar en él tan omnímoda confianza. La adquisicion de estos informes debe ser posterior á la adopcion de su incógnito, y ¿quién mas á propósito para suministrárselos que el atronado Lucio, repertorio de ajenas culpas y excitado por personal ojeriza á pregonar las del nuevo Dracon? Con este objeto anticipo el coloquio del disfrazado príncipe con el petulante camarada, donde exubera la inspiracion cómica, y que resalta con sorprendente oportunidad entre dos situaciones tan altamente trágica como la de Ángelo enfrente de Isabel y la de Isabel respecto de Claudio. En esta sube de punto el interés, se estremecen las fibras todas del corazon, y raya en sublime la actitud de la heroína.

¿Quién echará de menos, al lado de esta no interrumpida serie de magníficas escenas y profundas emociones, mayormente entretegiéndose con ellas, aquellos cuadros de policia correccional, aquellos diálogos de burdel que entablan á la entrada de la cárcel el constable y el rufian y Lucio y el

mismo Duque con sus hábitos, y mas adelante el carcamal de la vieja con el respetable colega del lugarteniente? Enhorabuena que se tomen en cuenta tales episodios al estudiar la historia del arte y la época de Shakespeare; mas para saborear en toda su pureza y plenitud los goces del arte, prométome de los lectores gratitud mas que censura por haber suprimido esas disonantes notas que vienen á deshora á crispar los nervios, por haber arrancado esas yerbas parásitas que dan mala sombra á los preciosos relieves del monumento. Sobra además por impropia y prolija (ya lo he dicho en una nota á la escena V) la exhortacion del Duque á Claudio, y aun la conversacion del primero con Escalo, que no parece tener mas objeto que el de indemnizar al encapuchado príncipe, con las buenas ausencias que de él hace el magistrado, del mal rato que acaban de darle las desvergüenzas de Lucio.

Ya he notado los importantes cambios que en la escena VIII tuve que hacer, y por ellos me presento atrevidamente á pedir, no ya absolucion, sinó un voto de gracias. Me he visto en la necesidad de poner de caudal propio los argumentos mas ó menos sofísticos que el casuista fraile emplea para persuadir á Isabel de las excelencias de la sustitucion, no menos que los axiomas de incontrastable moral que á ellos opone la jóven novicia. No queda convencida; cede á la autoridad del que ella cree religioso respetable, y algo al deseo de poder sin ofensa de Dios, segun se le declara, salvar la vida del hermano. Á no entablar una lucha á brazo partido con el santo varon para arrancarle el billete, ya no es posible hacer mas de su parte. Compárese ahora su conducta en el arreglo con la que guarda en el original: «¿Qué partido tomareis, se le pregunta, para satisfacer á ese hombre

y salvar la vida de vuestro hermano?—Voy, responde friamente, á darle mi respuesta; prefiero ver morir á mi hermano bajo la cuchilla de la ley...» Propónele el incógnito Duque prestar sin perjuicio de su honestidad un favor á una muger desgraciada, y contesta que se siente con valor para todo lo que no repugne á su conciencia. Escucha entonces con sumo interés la historia de Mariana de boca del Duque y el plan formado por este, y nada objeta, antes afirma que «esta idea la alhaga de antemano y que no duda del buen éxito.» Dale cita el Duque para casa de Mariana, y le recomienda que no *se entretenga mucho* con Ángelo al darle la respuesta de su fingido consentimiento, y ella al despedirse le dá gracias por *tan gran consuelo*. En esto viene á parar ¡mal pecado! la sublime Isabel de Shakespeare.

JOSÉ MARÍA QUADRADO.

EPÍSTOLA

Escucha, caro Ipandro, escucha atento
y deja á un lado el pródigo volumen
del vate de Venusa, porque Augusto
y Mecenas al par, serás conmigo.
No: no quieras la sátira de Horacio,
dulce y templada, para quien no siente
más que el férreo aguijón de la garrocha
con que á los toros Calderón empuja...
Quiero, la de Lucilio y de Sulpicia,
la hiel que Juvenal mezcla y exprime
en sus jugosos versos, medicina
con que sana al enfermo ó le amortaja.
Aristófanes grita allá en Atenas
y dulcifica sus vibrantes voces
el eco de Menandro: repercuten
en las bocas de Plauto y de Terencio
y las conocen las modernas gentes
por Alfieri, Moliere y Jovellanos.
Desdicha, gran desdicha! el fino ingenio
que en nuestra España dijo *pan y toros*
al *panem et circenses* de la eterna
ciudad, cayó rendido á la ignominia,
á la baja espantosa pesadumbre

de *Alcindas* y nietos del Rey Chico...
Si viviera! que epístolas Arnesto
leería, bocetos acabados
de la actual sociedad y sus quimeras.
Nuestras calles pasea todavía
covachuelista torpe ó pisaverde
sin fé en el porvenir, dado á la holganza,
que arrincona las mallas y las togas
y se viste de majo. ¡Tontería:
si luce un nombre ilustre en sus targetas
y plumas y cimera en su escudo
con un halcón en campo de gandules!...
De chalán tiene más que de académico
y no cuida con fé, mas heredades
que su nefando harem y su jauría.
Arrinconado, mustio, maldiciente
se refugia en garitos suntüosos
y lo vieras allí procáz y torpe,
que en lugar de la esteva productora
ó de la fuerte rebotante lanza,
empuña el taco...

Y cuida que sus hombros
no se inclinen jamás al noble peso
de toga veneranda, porque puede
que en la sangrienta arena de los circos
taurinos, la empapase! Desdichado!
Si ignora quien es Volta y no recuerda
que fundaron á Cádiz los fenicios...
Mugriento y sucio, por los dedos sabe
su catecismo de cuarenta hojas
y comenta las páginas augustas

con escolios del dulce Martingala.
Que fué valiente, todo el mundo dice
pues, por cuestión de *levantarlos*, tiene
entre los muertos, un compinche suyo
á quien, en buena lid, dió la estocada
que le vendió un rufián por diez doblones.
Á qué cansarme más... ¿no es ese, el mismo
que, por la noche hipócrita, desliza
su pie inseguro en blandos pavimentos,
donde una mano fementida, ahoga
de la tea nupcial los resplandores?
¡Y acaso es él, el único culpado
de entre tantos horrendos extravíos!
No: no quieras la sátira de Horacio
si tienes ante tí, perjurio y dolo.
Pasa tu vista en derredor.

Octavia

cegó de vanidad ante oro y blondas
y dió su mano á un lúbrico vejete.
Sigue soltero Ticio y solo espera
la muerte del anciano. Tulio pasa
huyendo del patíbulo las olas
y vuelve aquí con oro, y nombre nuevo.
La hermosa Mevia, viuda hace dos meses
con una apuesta por un jaco, pierde
su cuarta trebeliana, en las carreras.
Marco disputa su curul asiento
porque antaño llenáronse sus trojes:
propone Lucio levantar estátuas
á los varones dignos, porque tiene
grandes canteras de infecundo mármol!

De la fausta salud de la República
quién cuidará? Si un ínclito tribuno
la plebe arroja, al Capitolio sube
el indocto curial ó el gladiador ó el *mimo*.
En vano el viento abatirá en las cumbres
el pino secular, que antes que caiga
esparce su melena sacudida
la simiente prolífica, y renacen
con más vigor sus poderosas ramas.
Mas en la historia no: si muere un genio,
otro no surge igual y el cetro rueda
de mano en mano: que hasta los pigméos
gustan de sostener su peso enorme,
cual si de Atlante la monstruosa carga
pasara al hombro vil de Bertoldino...

Oh Sátira feliz: tu voz espero!
Desde las cumbres de Helicón sagradas
te ví bajar con paso cadencioso
á los abiertos llanos de la Grecia.
¿Cuál tu destino fué? ¿Á que los dioses
te señalaron la ignorada ruta?
¿Fuiste tal vez, la Furia que implacable
las vidas corta, con sangriento gladio?
Atropos fuiste, que las ramas poda,
quita los cardos y la higuera estéril.
Vuelve otra vez aquí: nueva Walpurgis,
harta de horror, en la sagrada noche,
me infundirás inspiración serena
dejando un beso en mi abatida frente.

L' AUCELLET

Dexa 'm obrir la porteta
de la gábia de l'aucell,
dexa 'l que partesca lliure
per l'espai volant lleuger.

• • • • •
Pobre aucellet, bat les ales
tot axerit y content,
y tresque per plans y comes
per garrigas y costers;
enmirallantse en les aygues
dels cocons y dels vivés,
apagant sa set en elles
y refrescanthi son bech.
Cantant, cantant ab veu triste
per trobá 'l niu que perdé,
vola sempre y may s'atura,
may s'atura fins que sent,
dins ombrívolés arbredes,
de sos fillets lo gemech
que ab les bocas mitx obertes
l'hi demanan aliment.

Ell los torna l'alegría
que l'ausencia perdre 'ls fé,
y canta fort y refila
los matins llohant á Deu.

Si jo com ell tengués ales,
si tengués ales com ell,
pendría llarga volada,
m'alçaría falaguer
fins ovirar les celisties
que l'ull no distingeix bé,
fins veure 'l sol quant s'axeca
de quin antre surt xalest,
fins saber quant mor lo día
hont van sos esguarts derrers.
Devall mos peus romandrían
enfurehides p'els vents,
les onades gegantines
que jugan ab los vaxells.
No esmentaría llurs ires,
ni llurs remors imponents;
m'ajudarían les ales
del cap y del sentiment,
y per l'espai volaría
com no pot volar l'aucell.
Si ell cercant lo niu qu'estima
cercant jo 'l niu que no tench;
si ell cantant la matinada
jo, cantant encare més.

ENDREÇA

Ales del cor qu' arribau
hont no poden los aucells,
volau ab delit, volau
y amunt alçauvos més qu' ells.

ANTONI M. PENYA.

Barcelona, Maitx de 1884.

MISCELÁNEA

Ha fallecido en el pueblo de Sineu el Dr. D. Francisco Mariano Servera, quien además de haber adquirido notable reputación como profesor de Medicina se había señalado entre los amantes de las letras en nuestro país publicando diferentes obritas en prosa y verso. Compañero de D. Víctor Balaguer y otros escritores en su juventud se afilió á la escuela romántica escribiendo algunas novelas y ensayos dramáticos y no pocas poesías líricas é históricas, en especial acerca del B. Raimundo Lulio de quien era admirador entusiasta. En los escritos de Servera, á vueltas de los resabios del gusto que privaba en aquella época, se descubre imaginación y entusiasmo que aprovechados y dirigidos por otra mas certera educación estética hubieran cimentado mas ventajosamente el concepto de aquel malogrado talento, cuyo nombre no será omitido entre los que acreditan la ilustración de nuestra isla.